

**Representaciones de subjetividades y espacios marginales en *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* y *Si me querés quereme transa* de Cristian Alarcón**

**Bruno Giachetti**  
**Universidad de Buenos Aires**

**Resumen**

Encontramos en las obras de Cristian Alarcón *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* y *Si me querés quereme transa* las huellas de los relatos de viaje y la novela de aprendizaje.

El periodista atraviesa una frontera y se introduce en los márgenes de la ciudad para aprehender una experiencia y una cultura que se perciben como lo novedoso, lo desconocido. A partir de la configuración de una mirada foránea se narra la realidad como espectáculo.

Todo viaje supone la posibilidad de cierta ganancia y cierta pérdida. En sus viajes el periodista puede perder su propia vida pero, al mismo tiempo, se adquiere una experiencia singular que hace posible el relato. El extremo del viaje como pérdida, es la muerte o la imposibilidad de volver al punto de partida. En estas crónicas el viajero regresa luego de haber vivido las experiencias que permiten un aprendizaje y una transformación. En este sentido, la ganancia de estos viajes es la posibilidad misma de poder narrarlos.

El periodista aprende a interpretar las reglas comunales que rigen la vida de los sujetos, una legalidad *no dicha*, un *estado de excepción* fuera del Estado de Derecho. Existe un orden informal sobre el control del territorio que los sujetos deben saber decodificar para adentrarse en los márgenes. El viajero adquiere su propia experiencia transitando estos espacios para poder narrar su singularidad social, cultural e histórica.

**Palabras claves**

espacios marginales - subjetividades marginales - reglas comunales - crónica urbana - relato de viaje - novela de aprendizaje-

Si bien las obras de Alarcón articulan la crónica y la investigación periodística con el policial incorporándose claramente en la tradición del *non fiction*, también presentan huellas provenientes de otras tradiciones literarias: los relatos de viaje y la novela de aprendizaje.

Si tomamos las dos obras en su totalidad, percibimos que son acotadas y puntuales las intervenciones del periodista como personaje. Sin embargo, son sumamente significativas ya que la voz de Cristian enmarca estas obras como relatos de viaje.

Encontramos continuamente las marcas de un recorrido que el periodista transita a través un espacio desconocido:

Quando llegué a la villa sólo sabía que en ese punto del conurbano norte, a unas quince cuadras de la estación de San Fernando, tras un crimen, nació un nuevo ídolo pagano. Víctor Manuel "El Frente" Vital, diecisiete años, un ladrón acibillado por un cabo de la Bonaerense cuando gritaba refugiado bajo la mesa de un rancho que no tiraran, que se entregaba, se convirtió entre los sobrevivientes de su generación en un particular tipo de santo [...]. (Alarcón 2003:15)

El viajero entrevista a los familiares y amigos durante varios años para reponer la leyenda de este joven que robaba grandes comercios para repartir el botín entre los más pobres de la villa. La madre del Frente Vital es su más cercana acompañante en este viaje: "[...] reiterábamos esas conversaciones pausadas mientras me acompañaba a recorrer el largo viaje

que la reconstrucción de aquella muerte me llevó a iniciar sin fecha de regreso" (Alarcón 2003: 41).

En *Si me querés quereme transa* el viaje es mucho más extenso, no sólo en el espacio sino también a través del tiempo, pues la investigación dura alrededor de cuatro años. Alarcón investiga la violenta historia de los clanes narcos en Villa del Señor, y, para esto, viaja no sólo a barrios marginales de la periferia de la Ciudad de Buenos Aires, sino también a Perú y Colombia para entrevistarse con allegados, amigos y familiares, y para tener acceso a los expedientes judiciales de los involucrados.

En ambas obras el viajero se introduce en los márgenes para acercarse a una experiencia y a una cultura que se perciben como lo novedoso, lo desconocido.

Karl Schlögel sostiene que las fronteras separan el adentro del afuera, "son los *limes* que separa mundo civilizado de barbarie" (2007: 138). Determinan quien forma parte de él y quién no. La frontera discurre también entre ciudad vieja y ciudad nueva, entre centro y periferia, entre gueto negro y barrio residencial blanco. Para Schlögel, la frontera es el espacio privilegiado en el que es posible estudiar procesos de mezcla, transferencia y amalgama en función de los cuales surge *lo nuevo*.

La frontera ofrece un conocimiento de una cualidad particular. En la periferia se ve de otra manera y otra cosa que en el centro que a menudo se satisface a sí mismo. Quizás eso encaje con que muchos nuevos desarrollos comiencen en la periferia, en la frontera exterior, y el núcleo de nuevos imperios se forme en la frontera exterior de los antiguos. Propiedad esta de la periferia y la frontera de que ciertamente puede hacerse de nuevo ideología, hacer de la periferia nuevo centro y estilizar la marginalidad en «peculiaridad»: la frontera como lugar natal de lo originario y los originales, de lo híbrido considerado superior. (Schlögel 2007: 148)

El investigador de estos relatos atraviesa una frontera. Deja el lugar familiar y conocido del mundo periodístico y se aventura en la cultura del narcotráfico y la delincuencia juvenil. Adentrarse en las villas de la periferia bonaerense supone cruzar una frontera. Abandonar la seguridad de un territorio en el que las garantías jurídicas del Estado de Derecho suelen estar contenidas y resguardadas por las instituciones para introducirse en un mundo de inmigrantes, ex-guerrilleros, *transas* y delincuentes.

En este sentido, la representación de estas subjetividades y estos espacios marginales se configura a través de una mirada extranjera, es decir, la mirada de un sujeto que ha realizado un desplazamiento, desde el centro a la periferia, para narrar algo nuevo. En *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* el narrador sostiene: "La villa fue al comienzo un territorio mínimo, acotado, unos pocos metros cuadrados por donde me podía mover. El extrañamiento del foráneo al conocer los personajes y el lugar, el lenguaje, los códigos al comienzo son incomprensibles [...]" (Alarcón 2003: 45).

El extrañamiento del foráneo es, sin duda, lo que le permite al viajero percibir *desde afuera* las prácticas en las que se involucra y los relatos que recupera.

En la villa mientras espera a uno de los amigos del Frente Vital reflexiona: "Me quedé en la vereda tratando de no parecer tan desconocido a los ojos de los que pasaban" (Alarcón 2003: 176).

El investigador es a los ojos de los otros un desconocido que percibe un mundo al que no pertenece. Y es en función de esta mirada extranjera que se narra la realidad como espectáculo. El investigador describe su participación en los rituales y prácticas umbanda típicos de las villas desde esta perspectiva:

[La Mai] se había puesto además un sombrero de paja, con la forma de una

capelina deshilachada, que había llenado de flores secas, pañuelos y talismanes. Acomodándose cada tanto con las dos manos, como una campesina graciosa, se movía frente a un altar atiborrado de santos de yeso y velas encendidas. [...] Afuera la tarde luminosa desaparecía poco a poco. Por la puerta de la cocina se podía ver el patio con unas sillas oxidadas alrededor de una vieja mesa de jardín y más allá la línea del horizonte sobre un descampado. El crepúsculo daba lugar a las luces pobres de la villa. Simón terminó su carta, unos párrafos gordos de letra prolija, y llegó Chaías, a pedirle una cura a la Mai. Los invitaron a pasar al templo. Y luego a mí. (Alarcón 2003: 116)

Encontramos aquí el extrañamiento del viajero ante lo novedoso, la mirada estética que descubre un mundo nuevo y lo describe como espectáculo. El narrador deviene personaje protagónico de la crónica periodística. Pero su participación no pierde nunca las marcas de lo foráneo, del extranjero que se introduce en el espacio y las prácticas de una alteridad.

En este sentido, la incursión del viajero en el mundo del otro conlleva ciertos riesgos. Todo viaje supone la posibilidad de una pérdida. Y la mayor de las pérdidas es la muerte, es decir, el no poder regresar al punto de partida, el peligro de sucumbir ante los avatares del recorrido.

En *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* el investigador se ve atrapado en medio de un tiroteo y para salvar su vida se refugia en la casa donde había vivido el Frente Vital:

Había quedado medio agachado, en una posición poco elegante, refugiado tras las cortinas y las persianas, mirando por la rendija, amariconadamente escondido, pero sujeto a la vida, al fin y al cabo. Observaba no sin morbo la situación, miraba a mi lado a mi compañero, perplejo como yo, tan estúpidos los dos al lado de la extraña pericia con que aparentemente se tomaban la situación todos ellos. (Alarcón 2003: 143)

La impericia del foráneo y el asombro ante un espectáculo que se ha vuelto tan atrayente como peligroso constituyen el motor de producción de estos relatos. En *Si me querés quereme transa* el periodista reflexiona en más de una ocasión acerca de los riesgos de una investigación que no sólo lo lleva a vivir en contextos donde la violencia regula las prácticas cotidianas, sino también, a viajar de manera precaria por zonas inhóspitas:

Cualquiera podría imaginar un autor temeroso en medio de una ardorosa investigación sobre narcos, acosado por los secretos del negocio, la paranoia de los capos, el pérfido interés de los jueces y la policía en sus archivos. Nadie apostaría a que el miedo a chocar y quedar atrapado entre latas de carrocería fue el único que me atravesó en estos cuatro años de inmersión. (Alarcón 2010: 219)

La inmersión del viajero en la cultura desconocida lo lleva a asumir continuamente nuevos riesgos. Cristian establece un estrecho vínculo con Alcira, la jefa de uno de los clanes narcos más importantes de Villa del Señor. Con ella comparte los rituales umbanda, asiste a su casamiento y se hace muy afín a sus familiares y amigos.

La inmersión es progresiva, lo desconocido adquiere familiaridad. Él mismo comienza a ser reconocido por los vecinos de las villas en la medida en que se vuelve parte de sus prácticas. El punto culminante de ese acercamiento a la cultura del otro es cuando se convierte en el padrino de Juan, el hijo de Alcira. Al principio había rehusado por temor a quedar formalmente emparentado a una familia de narcotraficantes. Luego de que Alcira insistiera en el deseo de que alguien fuera del negocio de la droga se hiciera cargo de su hijo, en caso de que ella muriera, Cristian aceptó. Se hallaba afectiva y emocionalmente involucrado con esa historia y esa

familia: "Pero sí, hay que bautizar a Juancito. Camina y me dice panino. No voy a desairarlo. Quiero a ese niño" (Alarcón 2010: 254).

El viaje del periodista a estas zonas urbanas marginales provoca su propia transformación. Cristian no solo se inicia en nuevas prácticas sino que además asume un compromiso con Juan. Su padrino Cristian será al menos para el niño una prueba de que existe una realidad diferente al mundo del narcotráfico.

En *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* también hay una transformación y una asimilación de las costumbres y la cultura del otro.

El investigador es sanado por una Mai umbanda: "me paró descalzo en medio del pequeño altar y comenzó a frotarme con velas de colores. Lo hizo con diez velas, que sucesivamente se fueron trizando a medida que las hacía rodar sobre mi ropa" (Alarcón 2010: 120).

Cristian también comparte las comilonas y fiestas con los más jóvenes:

Algunos poníamos el asado, su padre freía unas riquísimas empanadas de carne. Luego con Chaías y el resto de sus amigos de una porción de la villa nos movíamos hacia la esquina donde pasábamos el tiempo muerto de un domingo o un feriado entre las visitas de otros pibes, y las cargadas al peatón, y algún picado de fútbol que yo siempre miré desde afuera. Circulaba una jarra o un enorme vaso con vino y alguna pastilla de *Rohipnol* o *Artane* que los chicos sólo me ofrecían al comienzo. Una solo vez probé un trago que me resultó venenoso: sentí casi sin mediar tiempo entre el trago y el mareo un súbito embotamiento que me dejó perplejo ante la lentitud y la extrañeza con que transcurrió el tiempo después de beberlo. (Alarcón 2003: 63-64)

El periodista mira y participa del mundo de la villa pero siempre *desde afuera*, estableciendo cierta distancia. Si bien se comparten algunas prácticas y existe un proceso de transformación y asimilación hacia la cultura marginal, nunca se abandona completamente la perspectiva foránea de un sujeto que narra la experiencia en un espacio ajeno. Esa distancia por momentos se vuelve borrosa e intangible pero nunca desaparece. En efecto, una broma de uno de los amigos del Frente Vital, la pone en evidencia:

[...] Tincho jugó a usarme de escudo humano, poniéndome en el lugar de sus víctimas, enseñándome que a pesar de nuestra creciente cercanía, más allá de la particular relación que íbamos construyendo entre mis preguntas y sus respuestas, yo seguía siendo un potencial asaltado, un civil con algunos pesos encima; y ellos continuaban siendo excluidos dispuestos a tomar lo ajeno como fuera para salvarse por unas horas, arriesgando el resto de vida, dando un paso en el que todo se puede ir al infierno. (Alarcón 2003: 133)

La transformación y el acercamiento del investigador hacia la cultura del otro aparece matizada, con cierto reparo, como si existiera siempre un señalamiento de esa distancia irreconciliable que podría provocar en cualquier momento que todo se desmorone.

Como bien sostiene Georges Van Den Abbeele (1992) todo viaje no sólo supone la posibilidad de ciertas pérdidas, sino también ciertas ganancias. Podríamos pensar que la ganancia de estos viajes es la posibilidad misma de narrar estas crónicas. La experiencia de haber vivido y escuchado a los protagonistas de estas zonas marginales de la urbe abre el espacio de la escritura. Pero en las obras de Alarcón el viaje conlleva también un aprendizaje. El investigador no regresa a su tarea periodística igual que como había partido. El viaje transforma al sujeto y lo hace portador de un saber histórico, social, cultural que sólo puede ofrecer aquel que estuvo allí, aquel que ha vivido esa experiencia y ha hablado con los protagonistas "cara a

cara".

En *Si me querés quereme transa* Cristian viaja a Villa del Señor y a varios suburbios de Buenos Aires y Lima para investigar, interrogar e interactuar con los líderes de los clanes narcos que puján, mediante los métodos más sanguinarios, por el dominio del negocio de la droga. De esta manera, la crónica nos devela los lazos entre los ex-miembros de Sendero Luminoso refugiados en Argentina, el narcotráfico, la policía y el sistema jurídico.

Alcira me hizo comprender que el narcotráfico no era sólo una manera de sobrevivir, de construir poder en los mundos paralelos; era también un territorio de eliminación, un mundo de venganzas que hacía posible la ganancia. El crimen del tráfico no es tanto el transporte de sustancias, su comercialización y distribución. Para sostenerse en el negocio en los niveles medios, como mayorista de una zona, es necesario el control del territorio. Si algo amenaza ese control, si alguien se atreve a hacer caer las barreras, es muy sencillo: hay que matarlo. (Alarcón 2010: 30)

Foucault (2006) sostiene que en las sociedades contemporáneas existen ciertos dispositivos de seguridad que regulan las prácticas de los sujetos en los espacios sociales de un territorio a los fines de garantizar la libre circulación de mercancías. Estas tecnologías de poder del capitalismo moderno no prohíben, como sucede con las leyes del código jurídico, ni prescriben, como ocurre con las reglamentaciones de los mecanismos disciplinarios, sino que tienden a considerar la naturalidad de los fenómenos sociales, políticos y económicos en virtud de encauzar la particularidad de su funcionamiento a una normatividad que favorezca la libertad de circulación, entendiendo circulación en un sentido amplio como desplazamiento, intercambio, contacto, forma de dispersión y de distribución.

Los dispositivos de seguridad circunscriben la singularidad de los fenómenos en límites aceptables. En lugar de pretender anularlos o imponerles una ley o un reglamento, intentan canalizar los fenómenos mismos hacia su funcionamiento más favorable.

En *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* y *Si me querés quereme transa* se configuran nuevos mapas de poder sobre el territorio. El mundo del narcotráfico, la prostitución y el crimen establece sus propias leyes, sus fronteras y sus áreas de influencia. En la interacción de los sujetos marginales, la institución policial y los aparatos burocráticos del Estado se dirime el control del espacio que regula la circulación del dinero y las mercancías a través de dispositivos comunales de poder. Encontramos entonces la configuración de ciertos marcos de legalidad que funcionan por fuera del sistema jurídico-legal que establece la ley escrita.

El periodista aprende los códigos comunales que regulan las prácticas de estos sujetos que se hallan fuera del orden jurídico. Entre los clanes narcos más fuertes la estructura jerárquica es regulada en función de un código que permite el dominio piramidal sin túbicos: a la primera falta, la sanción es rapar y afeitar las cejas, a la segunda corresponde un tiro en la pierna, y a la tercera, quien cometió el error muere acribillado (Alarcón 2010: 61).

Žižek (2005a) habla de reglas sociales implícitas para dar cuenta de una legalidad *no dicha*, un resto social *oculto* y *obscuro* que regula ciertas prácticas de los sujetos en las que la ley escrita queda suspendida. Para Agamben (1998) el espacio político moderno conlleva un paradigma oculto, un estado de excepción en el que el hombre es concebido fuera del Estado de Derecho y en función del cual se definen los marcos de la legalidad. En nuestras sociedades se abre un umbral, una zona gris entre la ley y la excepción. Es en este sentido biopolítico que todo ciudadano puede concebirse sin derechos y ser convertido en nuda vida, en vida sin atributos. Para el autor esta dialéctica entre la exclusión y la inclusión, entre el sujeto político y la nuda vida, entre el adentro y el afuera del sistema jurídico constituye el fundamento oculto sobre el

que reposa el sistema político de nuestra sociedad contemporánea.

En *Cuando me muera, quiero que me toquen cumbia* el investigador descubre decenas de historias similares a las del Frente Vital. Decenas de niños y jóvenes desarmados que fueron fusilados por la policía: "La policía y su sombra termina por aparecer hasta en la más inocente de las historias de la villa. Si no es matando, es omitiendo intervenir donde los asuntos se definen con la ley del más fuerte" (Alarcón 2003: 161).

Encontramos en las crónicas de Alarcón tres elementos centrales que debemos pensar para entender el problema de la violencia y la marginalidad: la ciudad, el mercado ilegal y la policía. Ahora bien, resulta sumamente interesante tomar en consideración las reflexiones que Foucault plantea en relación a estos tres elementos en su análisis de la genealogía de los dispositivos de seguridad que regulan los estados modernos. Foucault señala la existencia de un lazo indisociable entre la policía y la ciudad: "La policía como condición de existencia de la urbanidad" (2006: 384). Sólo porque hubo policía que reglamentó la cohabitación, la circulación y el intercambio, fue posible la existencia de las ciudades. "Policar y urbanizar son la misma cosa" (2006: 385). Pero este accionar de la policía en la urbe debemos entenderlo en función de la lógica mercantil. El aparato policial nace en las sociedades modernas como aquel que debe garantizar en la ciudad todo lo que concierne al problema del intercambio, la fabricación, la distribución y la puesta en circulación de las mercancías. La policía es esencialmente urbana y mercantil, o para decirlo de una manera más contundente, es una institución de mercado.

Pues bien, resulta curioso contraponer este análisis con el rol que juega la institución policial en *Cuando me muera, quiero que me toquen cumbia*. Pareciera que esta impronta mercantil y urbana que señala Foucault no sólo se da en el marco del Derecho Constitucional, sino que, por el contrario, en estas zonas marginales el comercio y la urbanización que regula la policía se da fuera de los marcos legales que establece la ley escrita. En efecto, la policía es el Poder Soberano que garantiza la cohabitación, la circulación y el intercambio de las mercancías fuera de los marcos jurídicos del Estado. En estas zonas que permanecen al margen de la ley escrita, el rol de la policía conserva su impronta mercantilista y urbanizante pero en función de un conjunto de normas implícitas que no pertenecen al orden jurídico, sino más bien al orden práctico del poder real y soberano.

Foucault señala que en el origen mismo de la institución policial existe una tensión entre el orden jurídico de las leyes y la policía. De hecho, en el proceso de conformación del aparato jurídico de los sistemas democráticos, el rey transfiere al aparato policial el poder real sobre los individuos que son sus súbditos. La policía es la gubernamentalidad directa del soberano como tal.

Los reglamentos de la policía son de un tipo completamente diferente de las otras leyes civiles. Los asuntos de la policía son cosas de cada instante, mientras que las leyes son cosas definitivas y permanentes. La policía se ocupa a perpetuidad de los detalles y, en definitiva, solo puede actuar de manera pronta e inmediata. (Foucault 2006: 389)

Es en este sentido, que Foucault sostiene que desde su génesis en los siglos XVII y XVIII el modo de acción e intervención de la policía es "el golpe de Estado permanente".

Pareciera entonces que en la conformación de los mecanismos de seguridad de los Estados modernos ha existido desde sus orígenes cierto margen de acción de los aparatos represivos por fuera del Estado de Derecho, en el sentido de este "golpe de Estado permanente" a través del cual el accionar policial se ocupa de la "perpetuidad de los detalles". En términos de Agamben, un estado de excepción en el que el individuo es concebido en su nuda vida excluido del orden jurídico (1998: 19).

Las crónicas de Alarcón recorren estos espacios marginales en donde la ley escrita queda suspendida. El viajero aprende a interpretar las reglas comunales que rigen la vida de los sujetos, es una legalidad *no dicha*, un *estado de excepción* fuera del Estado de Derecho. Este aprendizaje supone un viaje, es decir, el desplazamiento de un sujeto que atraviesa una frontera para adentrarse en un territorio en el que se han abandonado las garantías jurídico-institucionales. En esta zona gris se establecen diversos marcos de legalidad que los sujetos deben saber interpretar. Existe un orden informal mediante el cual se regula el control del territorio. Recorrerlo implica poner en juego la propia vida. Como en todo orden informal las zonas de influencia, los límites de la seguridad y la protección barrial son sumamente laxos, como así también la reglas sociales implícitas que los regulan. Transitar este espacio exige un aprendizaje, imprescindible también para poder narrar su singularidad social, cultural e histórica.

### **Bibliografía**

- Agamben, Giorgio (1998). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida I*, Valencia, Pre-textos.
- Alarcón, Cristian (2010). *Si me querés quereme transa*, Buenos Aires, Grupo Norma Editora.
- (2003). *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vida de los pibes chorros*, Buenos Aires, Grupo Norma Editora.
- Foucault, Michel (2006). *Seguridad, territorio, población*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A.
- (1995). *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa.
- (1976). *Vigilar y castigar*. México, Siglo XXI.
- Schlögel, Karl (2007). *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica*, Madrid, Ediciones Siruela.
- Van den Abbele, Georges (1992). *Travel as Metaphor. From Montaigne to Rousseau*, Oxford, University of Minnesota Press.
- Žižek, Slavoj (2005a). *La suspensión política de la ética*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (2005b). *Violencia en acto: Conferencias en Buenos Aires*, Buenos Aires, Paidós.